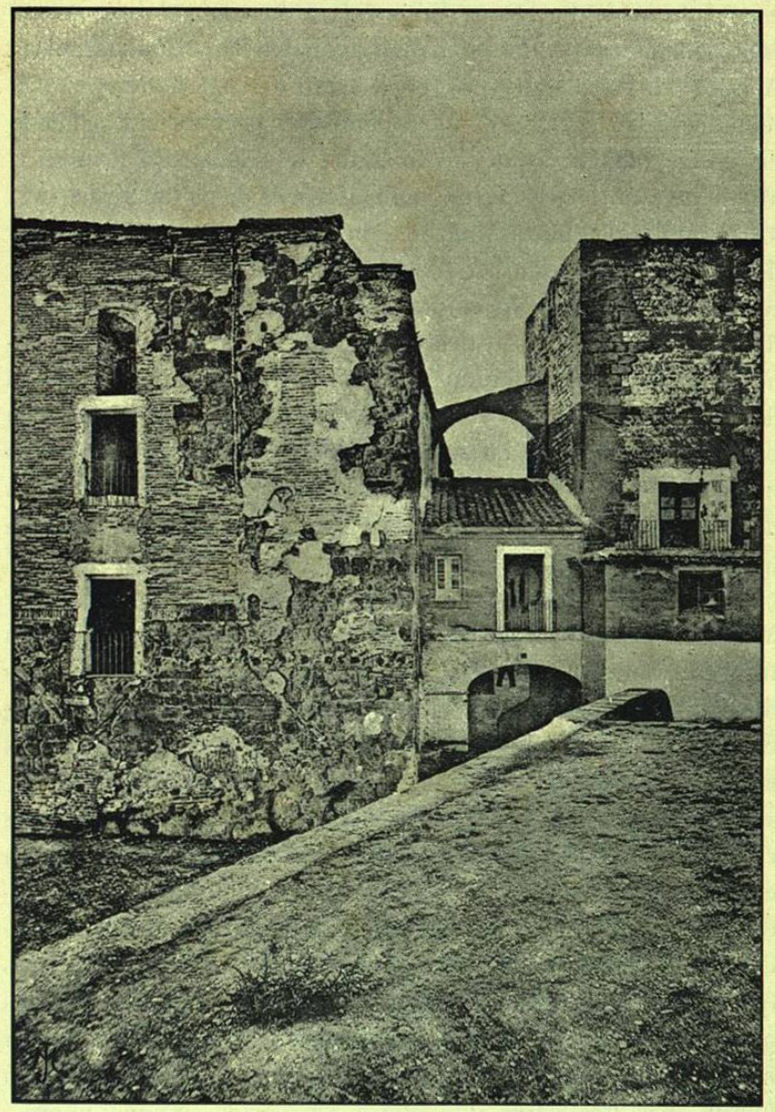
revelaran en Monzón la huella de los romanos: la tierra lanza á veces de su seno monedas de aquellos tiempos, y en la huerta se descubren restos de un sólido y antiguo muro de sillares, cuyo origen y cuyo destino yacen al par olvidados, y que según su forma y su dirección pudieran ser muy bien los de un acueducto. De todas maneras sobre Monzón han pasado muchos siglos: fundáronla los ilergetes, disputáronsela como el resto del país cartagineses y romanos, defendiéronla los moros contra las irrupciones de los cristianos de la vecina Ribagorza, é Isarno conde de aquellas montañas á últimos del siglo x vino á espirar en sus fértiles llanuras. Un siglo transcurrió apenas antes de que vengara su derrota Sancho I de Aragón acompañado de Pedro su primogénito y sucesor, cuyo brío juvenil se distinguiría sin duda en aquel obstinado y peligroso cerco, pues que entrado al fin por asalto el lugar y ganado el castillo en día de San Juan Bautista de 1089, le concedió su padre el título de rey de Monzón. Si los moros la reconquistaron como parecen indicar algunos cronistas, efímero sería su triunfo, pues que por los mismos años vemos concedido el gobierno y señorío de ella al rico-hombre D. Pedro Tizón en premio del esfuerzo desplegado en la toma del pueblo, y además al rey D. Sancho ocupado en fundar un monasterio (1) y en declarar infanzones á todos los nuevos vecinos; lo que manifiesta seguridad y afianzamiento en la conquista, y no una invasión fugaz y aventurada. Desde entonces data el escudo de armas de Monzón, un castillo y una campana, debido probablemente á la etimología de su nombre lemosín *Montsó,* que se traduce por *monte* y *sonido.*

(1) En un antiguo documento leemos la siguiente cláusula en que dicho rey destina á la construcción de un monasterio una torre con su habitación, unas casas de Abenhavanon con el huerto contiguo á la puerta real, y la puerta misma con sus torres y un molino junto á la puerta de Villanueva. Dice á la letra: *De hoc vero quod nobis Deus, intercedente beato Joanne, miqui et filio meo Petro augmentare dignatus est, damus in Montson unam turrim cum suo casale, et illas casas de Avenhavanon cum illo horto qui est ad portam regiam, et portam cum turribus suis, ad construendum monasterium, et molendinum ad portam de Villanova etc.*



CASTILLO DE MONZÓN.—Exterior de la Casa de los Templarios

Del señorío de Tizón pasó la villa al de Jimeno Garcés, y de éste al de otros, hasta que fué cedida á los Templarios en escasa indemnización del reino que les había legado á su muerte Alfonso el Batallador, por cuya falta de sucesión se habían reunido ya las cortes en aquel punto por primera vez, saliendo de allí la embajada que fué á sacar del claustro á Ramiro el Monje para coronarle. Extinguidos después de alguna resistencia los Templarios, pasó Monzón con gran parte de sus bienes al dominio del Castellán de Amposta ó Maestre de la orden de San Juan en Aragón, quien mandaba allí con el título de comendador, y nombraba el justicia de la villa, no sin graves disensiones y litigios con los jurados, que en justo contrapeso gozaban de notables privilegios y libertades. Otras órdenes obtuvieron pingües propiedades en aquel feraz territorio, entre otras los monasterios de Poblet, de Alahón en Ribagorza, y de San Juan de la Peña al cual hizo donación Pedro II del diezmo y primicia que allí tenía.

Desde el siglo XIV en adelante no pudo menos de prosperar Monzón con la frecuente reunión de cortes, concurriendo allí en torno del soberano todo lo más ilustre del reino, familiarizándose la humilde villa con el acompañamiento de los magnates, con el fausto de las regias entradas, y hasta con las imponentes escenas que debían surgir de la discusión de tan graves intereses. Fueron las más célebres cortes de aquella época las de 1362 convocadas en el mayor calor de la guerra de Pedro IV contra el de Castilla; las de 1383 en que se obligó al mismo rey á suspender sus consejeros, y que por causa de la peste fueron trasladadas á Tamarit y de allí á Fraga: las de 1389 en que Juan I tuvo que someterse á igual exigencia respecto de sus privados; y las generales de 1435 reunidas por la reina D.ª María para libertar á Alfonso V cautivo en poder de los genoveses. En el siglo XVI fueron más frecuentes que nunca las cortes en aquel punto á pesar de la unión de las dos coronas, y el emperador Carlos V celebró muchas y algunas también Felipe II, hasta que gradualmente cayeron en desuso. Á esta pérdida se añadió en detrimento de Monzón á mediados del siglo XVII la sublevación de Cataluña y la invasión francesa; y sitiado y tomado su castillo en Mayo de 1642, fué ocupada la población después de cruel saqueo por franceses y catalanes. Á los diez y siete meses la recobró por fuerza de armas Felipe IV, pero sin embargo quedó yerma y despoblada por más de ocho años, perecidos ó emigrados sus antiguos moradores, hasta tal punto que hemos visto documentos en que pedían los que la habitaban en 1660 no estar atenidos á las obligaciones contraídas por el concejo antes de 1642. No sería extraño, antes muy verosímil que lo mismo hubiera sucedido con los edificios, y que la nueva Monzón hubiese nacido de las cenizas de la, tal vez suntuosa, Monzón contemporánea de las cortes.

La naturaleza siempre bella y que cada año rejuvenece, la consuela de las glorias históricas que pasan y no vuelven. Al atravesar el puente de ladrillo construído sobre el ignorado Sosa, vuelve el viajero los ojos con placer á la población que abandona, realzada con el verdor de los huertos y de los árboles que asoman sus copas por entre el caserío, y tendida en semicírculo al pié de la altura que sirve al castillo de pedestal, y que cortada á trechos como si fuera á pico, finge caprichosas labores, cinceladas columnas, y torres empotradas en la misma peña: diríase que son las casas con respecto al alcázar que las defiende, adoradores al pié de un altar, ó guardia de honor en derredor de un trono.

Al extremo del puente se encuentra el convento de San Francisco cuyo origen se remonta al año 1231, y cuya gótica iglesia, aunque muy abandonada, se conserva todavía en su interior y exterior en toda su pureza. Otra, sin duda de la misma época, se elevaba á pocos pasos de allí á orillas del Cinca, que concedió Jaime I á Guillermo abad de Santa María de Alahón junto con el gran puente de piedra á cuyo lado estaba, y con los derechos de él, bajo la obligación de mantener tres eclesiás-

ticos que *alabasen á Dios y rogasen por la remisión de los pecados del rey y los de sus antecesores*. Iglesia y puente han desaparecido á la vez, quedando del último los estribos salientes á flor de agua, y reemplazándolo una barca. Una cuesta que se eleva á la otra parte del río hacia Barbastro permite recrearse largo espacio en la vista de la encantadora vega de Monzón fecundada por el Cinca, é imitando un mar de verdor en que flotan como esquifes los caseríos. Á trechos se oculta tras de los ribazos del camino la perspectiva para presentarse luégo con mayor atractivo, hasta que se pierde enteramente de vista antes de llegar á Castejón del Puente, pueblo pintorescamente situado, cuya parroquia tuvo categoría de colegiata; y después de atravesar viñedos siempre en declive, se desemboca por una estrecha garganta en otra llanura regada por el Vero, en cuyo fondo aparecen las torres de Barbastro.

Tal fué el itinerario que cuarenta años atrás seguimos: el viajero, que tiene hoy á sus órdenes la veloz y descansada locomotora, preferirá, probablemente, trasladarse desde Monzón á la estación inmediata de Selgua, para correr en diligencia las dos leguas que le separan de la ciudad vecina. Pero, antes de visitarla, le aconsejaré, ya que la ocasión le brinda, que se deje llevar por el tren una hora más hasta Sariñena, población antigua bien que no monumental, situada en la confluencia del Alcanadre y del Ysuela, que desde la cúspide de alto cerro domina campos inundados de agua y una extensa é insalubre laguna, y más allá los yermos y áridos montes de su distrito. De origen ilergete, tiene pretensiones, aunque todavía no exista acuerdo acerca del nombre que entonces llevaba; con el actual aparece desde el siglo XI bajo el dominio de los infieles, del cual la libertó Alfonso el Batallador dos años antes de sucumbir en Fraga; gozó de prerrogativa de voto en cortes durante la monarquía aragonesa: pero no se distingue por marcados recuerdos. Han desaparecido sus muros y sus torres; su vieja colegiata de San Salvador ha tenido que pedir hospitalidad á la iglesia de franciscanos; y sin embargo, los que aman el fresco ambiente y nitidez de las Cartujas, se gozarán en buscar, tres leguas más allá, al otro lado del Ysuela, la de Santa María de las Fuentes, aunque convertida ya en establecimiento de baños, fundada en 1507 por los condes de Sástago, cuyos bultos subsisten en el templo, reconstruído barrocamente en 1732 y adornado con pinturas al fresco del lego Bayeu.

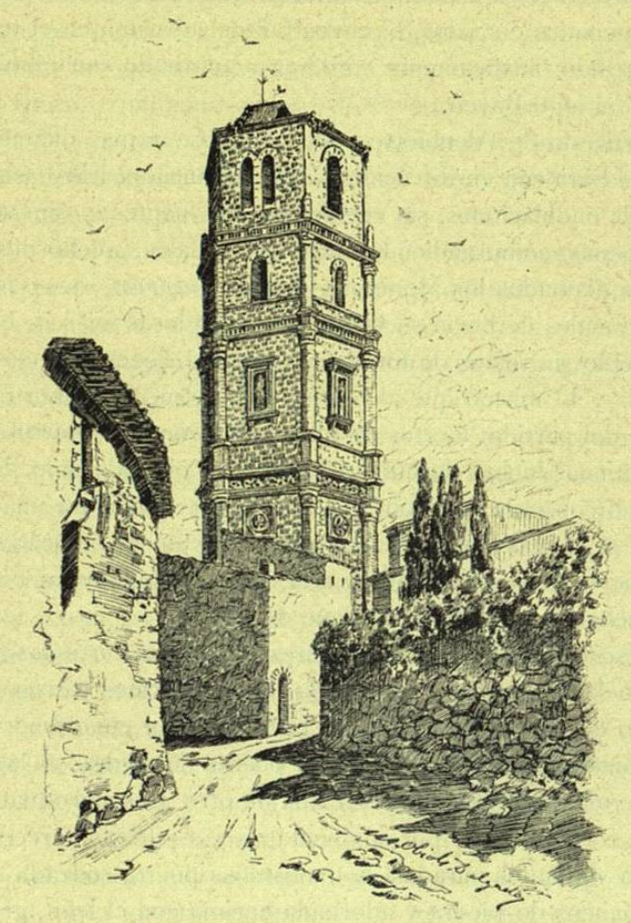
Partiendo de Alcubierre, cuyo nombre toma, dilátase por bajo de Sariñena en dirección á sudeste hacia el Ebro, una serie de leves ondulaciones, sin cortaduras, sin fuentes y sin vegetación apenas, comprendiendo entre sus ramales aquellos hórridos campos, llamados los Monegros *(montes negros)*, que en años excepcionales de lluvia se visten de prodigiosas mieses. No hay allí pueblo sin restos de fortaleza y sin una ó más ermitas en las alturas; y lo mismo que al oeste y al sur, sucede al norte de la cabeza del partido: fuertes castillos cubrieron aquel territorio en las continuas luchas de que lo hizo teatro el feudalismo. Ruinas del suyo conserva Antillón, que dió solar y apellido á una noble familia, á la cual pertenece acaso la urna sepulcral colocada junto á la puerta de su parroquia, y á la cual heredó, probablemente, en el señorío del pueblo el duque de Híjar.

Descuella entre aquellos lugares la antigua Pertusa sobre la alta muela, que, si bien dominada por los vecinos cerros, ciñen, á modo de península, profundos barrancos por cuyo fondo corre el Alcanadre: atraviésasele por un puente de piedra, al lado del cual permanecen todavía los restos de otro. Los muros flanqueados de torreones que por sus ventanas y aspilleras parecen lanzar aún vigilantes miradas, la majestuosa puerta rodeada de anchos bancos de piedra y adornada encima con el león, glorioso timbre de la abatida villa, recuerdan el lustre y las vicisitudes de la fundación de los ilergetes, de la colonia romana, de la población libertada por Pedro I hacia los años de 1100, y honrada á menudo con la permanencia de los monarcas aragoneses (1).

(1) En 1225 se atrincheró en ella Jaime I contra sus barones y ciudades prin-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA

Dentro de aquel murado recinto va amenguándose Pertusa y consumiéndose lentamente casa por casa, como un cadáver encerrado en una armadura.



HUESCA. — CAMPANARIO DE PERTUSA

De su primitivo esplendor queda un monumento notable,

cipales sublevadas á favor del infante don Hernando, y tomó los vecinos lugares de Ponzano y las Cellas que le resistían.—*Anales de Zur.*, lib. II, cap. 80.

aunque no de los más antiguos: la torre de su colegiata aislada de la nave de la iglesia, fábrica majestuosa del siglo XVI, de cuyo constructor nada se sabe, y cuya fecha conserva felizmente un tarjetón esculpido en el primer cuerpo con las cifras 1575. En aquel rincón poco frecuentado no es sólo el arquitecto, sino la obra misma la que permanece ignorada, como silvestre flor que exhala sus perfumes en el desierto. Y sin embargo, su material de hermosa piedra, su elegante forma sexágona, los cuatro cuerpos que además de la base forman su elevación, á la cual falta mucho aún según lo truncado del remate, y la delicadeza plateresca aliada en su arquitectura á la sencilla majestad del estilo de Herrera, la constituyen una belleza digna de ser admirada en una capital por mayor número de espectadores. Todos sus ángulos están flanqueados por una esbelta columna, dórica en el primer cuerpo, jónica en el segundo y corintia en el tercero, sosteniendo un friso ó cornisa del mismo orden; todas sus caras llevan en el centro ventanas en los dos últimos cuerpos, en el primero medallones de piedra dentro de un marco cuadrado con bustos de santos, y en el segundo grandes efigies dentro de un nicho también cuadrado y adornado con relieves platerescos. Aquel reciente pero ya hendido campanario ha unido su suerte y cobija bajo su sombra á la vieja iglesia de Santa María, que, aunque desfigurada, muestra en su forma y en su exterior la fisonomía bizantina. Acompáñala en su vejez y en sus mutilaciones un claustro contemporáneo, cuyas tres alas tapiadas conservan aún el perfil de los arcos bizantinos distribuídos de dos en dos y restos de ménsulas, columnas y capiteles, al paso que la otra por entre sus abiertas ojivas y sus claraboyas deja asomar el sombrío verdor de los cipreses que en su centro crecen, aumentando la lobreguez del recinto. El claustro es al mismo tiempo cementerio, como en la Edad media; y nunca se separará en nuestra imaginación su idea de la del fúnebre drama que presenciamos, el entierro de un padre de familia pocas horas antes lleno de vida, pisoteado por los sepultureros bajo el húmedo pavi-

mento de uno de los corredores, mientras resonaba la bóveda con cantos religiosos.

Puestos ya en el camino de Barbastro á Huesca, acerquémonos por esta otra vía al primer punto del cual poco atrás nos desviamos. El país, sin ser quebrado, dista mucho de la monotonía de una llanura: el suelo ofrece sinuosidades; y peñascos denegridos de extrañas y casi druídicas formas, rompen los flancos de la desnuda tierra, supliendo tristemente por la variedad y adorno que los árboles le rehusan. Parte de la antigua baronía de Pertusa formaban Barbuñales y la Perdiguera: á la antigüedad y pequeñez del primer pueblo, aunque cuna de insignes prelados (1) y de la ilustre familia de los Azaras, corresponden las de su parroquia, algo ensanchada en 1666. La iglesia del segundo se hace notar, desde lejos, por su maciza y obscura mole, y de cerca por su gótico portal; su cuadrada torre de arcos bizantinos y los restos de torreones que en derredor se descubren, parecen indicar que sirvió algún tiempo para menos pacíficos usos.

Probablemente á estas horas habrá desaparecido un objeto, que nos impresionó vivamente en nuestro primer viaje: una ermita solitaria, no sólo devota, no sólo antigua, sino hermosa además, que se nos apareció de improviso en un altillo, á distancia de Barbastro como de dos leguas. Ya no existía la imagen de la Virgen en el monte Arruego, que tal es el nombre del sitio donde se veneraba: la historia no conserva el origen ni la época de su fundación (2); pero quedaba el ábside bizantino, con su esférica bóveda amenazada ya por mortales hendiduras, con su ventana en el centro y los estribos rematados en arcos que por

(1) Uno de ellos fué el esclarecido obispo de Palencia, D. Carlos Laborda, nacido en aquel pueblo en 1783, quien, durante su dilatada y laboriosa carrera en todas las poblaciones de Aragón donde obtuvo alguna dignidad, en Pertusa, Huesca, Tarazona y Zaragoza, dejó los más gratos recuerdos de su ciencia, de sus virtudes y de su dulce al par que enérgico carácter. Sobre su episcopado en Palencia, de 1831 á 1853, véase el correspondiente tomo, páginas 424 y 448.

(2) Pertenecía su propiedad á los canónigos de Roda.

fuera le sostenían; quedaba su bizantina puerta lateral con las sencillas y graciosas labores de sus archivoltas y las aplastadas figuras de sus capiteles. Hundido todo el lienzo de su fachada, hundida la bóveda de su nave, ostentaba aquella linda ermita en sus últimos momentos, el pintoresco encanto de las ruinas: en el momento de contemplarlas nosotros, el sol poniente las doraba como la frente melancólica de una virgen moribunda, el viento silbaba por entre sus aberturas, y los cuervos se cernían con siniestros graznidos sobre aquel cadáver de piedra.